

Dos baladas

— Envío del autor —

La balada de los oídos encantados

(Oyendo Jicarita, de Gutty Cárdenas).

*En esta casa, lejos de los hombres peores
que el de rojas historias, clásico jabalí,
con estos mis dormidos amigos de colores
bajos y un silencioso buen olor de alhelí . . .*

*La novia de mi amigo pone los discos, ella
es una jicarita de colores pintada,
así, con su guitarra divinamente bella,
en el magno silencio de su voz encantada,*

*Gutty Cárdenas reza: la más encantadora,
entre todas las voces: la flor de la canción;
y nosotros oyendo, renacemos: ahora
es hora de primicias y de recolección.*

*Es hora de hacer versos de color, empapados,
en luz de soñadoras nostalgias, para mí,
como estos mis amigos ingenuos y encantados,
encillos y olorosos con olor de alhelí.*

La balada del pobre loco que andaba buscando Franciscos

*Son malos estos buenos, malos, malos, de boca,
como la desalmada boca del tiburón,
para que siete veces temblando, viva, loca
nuestra vida. Los gritos: ¡Asesino! ¡Ladrón!*

*Con las únicas voces que oímos, en la ciega
niebla, donde Hamlet se burla del amor;
y mi alma siete veces temblorosa, navega.
Y busca, busca, busca, de babor a estribor
¿qué se hicieron las patrias? ¿dónde están los Franciscos?
¿se acabó la dulzura más dulce que la miel?
ahora jabalíes de lujosos mordiscos,
juegan con dados rojos la túnica de Abel.*

*Hoy en todos los juegos, ha cogido la mano
el Lobo. ¡Dios nos guarde! ¡Pobre Caperucita!
Y rico de silencios, el rumor soberano
de mi corazón, llora con nostalgia infinita.*

*¡Invenible te has hecho! ¡No vendrás? ¡Si vinieras!
Gritando están las almas como los niños: ¡Ven!
¡Ven! ¡Ven! Y todas nuestras vidas aventureras
hallarán su camino de alegrías. Amén!*

A. H. PALLAIS, Pbro.

Brujas de Flandes, 5 de julio de 1931.

ces cardenales los de aquellos tiempos!
¡Imaginarse estable la tierra e incorruptible el sol! ¡Se quiere sobriedad!

—Han de saber sus excelencias,—dije, agarrándome del mostrador,— que el padre de Galileo era hombre que ejecutaba maravillosamente en el laud. Además, era un matemático insigne. Un gran matemático. Las matemáticas no servían para nada. Lo juro por Dios. Ésa es embriaguez, mis queridos amigos: música y matemáticas: ¡las vueltas que da el mísero planeta, las danzas que baila! “No, no,” dijo el honrado Vincenzo, “Gali, hijito mío, estudia algo práctico.” ¡Ja, ja, ja! ¡Las matemáticas no eran cosa práctica!

Les cayó en gracia el chile a mis amigos, amigos de Manuel. Y brindamos por las matemáticas.

—Señores, justo es y bello que después de siglos de olvido, brindemos por Andrea Cesalpino, maestro de medicina de Galileo en la Universidad de Pisa, que nada le pudo enseñar a su discípulo!

Brindamos. Y de nuevo el nombre de Manuel flotó en las copas. Y la tierra seguía su danza vertiginosa.

—Si hacen un momento de silencio, en señal de respeto, les diré: el padre de Galileo escribió tratados sobre la música. Y en uno de ellos dice: “Parece que quienes en prueba de cualquier aserto dependen exclusivamente de la autoridad, sin aducir argumento ninguno en su favor, obran absurdamente. Yo, al contrario, deseo tener holgura para preguntar y libertad para responder a las preguntas que se me hagan, sin adulación de ningún género, como conviene a quienes buscan la verdad”. El chico se amamantó con esa doctrina.

—Manuel, ni más ni menos,—dijo el joven que me llamaba maestro, y escanció. —Nada aprendió de medicina Galileo porque se pasaba la vida estudiando matemáticas. Les digo, ésa es embriaguez. Sólo la mujer es embriaguez mayor y mejor.

Se impuso otra copa, a propósito de la mujer y de la embriaguez. Se brindó por Manuel. Yo insistía en Galileo.

—Sin recibirse salió de Pisa Galileo. Florencia. Gran lugar. Aduló el gran duque y obtuvo hueso. Enseñó Galileo en Pisa. Decía algo Galileo; le replicaban: *No puede ser. Preguntaba: Per ché, carissimo? Per ché, reverendissimo?* Le contestaban: *Per que ipse dixit.* ¡Ja, ja, ja! ¡Sabéis qué es *ipse dixit!* Es la autoridad de Aristóteles evocada por los escolásticos de antaño! *Ipse dixit!* Galileo dijo: *Probémoslo.* En Pisa hay una torre famosa . . .

—Sí, maestro. La torre inclinada.

—¡O cuenta usted, o cuento yo!—exclamé irritado.

—¡No, no; cuente usted!

—En Pisa hay una famosa torre, inclinada, como dice este pequeño. La torre inclinada.

—A propósito, maestro,—interrumpió de nuevo el mozalbete manuelista,— ¿no cree usted que a Manuel le convendría tomar la Torre del Oro como sucursal del Club Castrista, con *carte blanche* para los íntimos como nosotros?

Me encantó la ocurrencia. La celebramos. Las botellas se acaban con una rapidez asombrosa en cuanto comienza la lucha electoral. Cualquiera diría que encogen de volumen. Sería necesario ser otro Galileo para averiguar este fenómeno de guarostática. Se habló y se habló. Hasta de la venta de

los discos que vendía Piza. Lo que me devolvió el hilo de mi disertación.

—¡Orden, orden! Estábamos en Pisa. En la torre inclinada.

—Reverentemente inclinada ante su sabiduría, maestro.

—Inclinada, amigo, como para recibir la cox que le prometo si vuelve a interrumpir.

—Juro escucharle con religiosa atención.

—¡Scho! Se trataba de que Galileo decía que dos pesas iguales dejadas caer al mismo tiempo llegarían al suelo al mismo tiempo también. Aristóteles había dicho que no, que la de mayor peso caería primero. A nadie se le había ocurrido hacer el experimento. La cosa es tan sencilla que no merece, al parecer, poner en ello atención ninguna. Galileo dejó caer las dos pesas ante numeroso público. Y demostró tener la razón. Con esas pesas, señores, cayó en tierra también el oscurantismo. ¡Abajo el *ipse dixit!* Hay que demostrar las cosas. Bufaron los ipsedixistas. Ese fue el pecado de Galileo. No fue contra las Sagradas Escrituras, fue contra la autoridad del inocente Aristóteles, Aristóteles, amigos, un viejo . . .

Todo fue decir yo viejo para que, como evocados por el diablo, irrumpieran unos señorones llegados en auto con la noticia de que don León y don Alberto habían capitulado. Me parecieron ipsedixistas vueltos a nacer. Hablaban del viejo como capaz de resolver todo problema por la magia de aforismos jamás comprobados. Me enardecí. Me acordé de Galileo. Me acordé, lectura reciente, de su *Diálogo acerca de los dos sistemas del mundo*. Allí Salviati

(Pasa a la última página)